



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL
ESTADO DE MORELOS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DEL ESTADO DE MORELOS

FACULTAD DE PSICOLOGÍA

“MATERNIDAD Y PSICOSIS:
VICISITUDES DE LA CONSTITUCIÓN SUBJETIVA
DE LA MADRE DE UNA MUJER CON
ESQUIZOFRENIA PARANOIDE”

T E S I S

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE
MAESTRA EN PSICOLOGÍA

P R E S E N T A:

MARISOL FLORES NÚÑEZ

DIRECTOR DE TESIS:

GUILLERMO DELAHANTY MATUK



FACULTAD DE PSICOLOGÍA

SINODALES:

DR. LUIS PÉREZ ÁLVAREZ

DRA. LUCÍA ALEJANDRA RAMÍREZ SERRANO

DRA. GUADALUPE ROCHA GUZMÁN

MTRA. MÓNICA IVONNE GUZMÁN BARGAGLI

CUERNAVACA, MORELOS, DICIEMBRE DE 2018

AGRADECIMIENTOS

A la Universidad Autónoma del Estado de Morelos
Al Programa de Maestría de la Facultad de Psicología
Al Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología

Al director de tesis: estimado Guillermo Delahanty Matuk
Al distinguido comité revisor: Luis Pérez Álvarez, Lucía Alejandra Ramírez
Serrano, Guadalupe Rocha Guzmán y Mónica Ivonne Guzmán Bargagli

A la Asociación Civil colaboradora
A la enunciante de su historia de vida que hizo posible la presente investigación

ÍNDICE

RESUMEN	4
1. INTRODUCCIÓN	5
2. MARCO TEÓRICO	7
2.1 LA MADRE Y LA PSICOSIS	7
2.1.1 Las efigies del ser-madre	7
2.1.2 Los lugares de la madre en la psicosis	14
2.2 EL TRASTOCAMIENTO DE LO FEMENINO: EL ENCUENTRO CON LA PSICOSIS	18
2.2.1 Acerca de la feminidad	18
2.2.2 La psicosis en las mujeres	23
3. MÉTODO	29
4. RESULTADOS	33
4.1 ILA, ENTRE EL ALBOR Y EL OCASO DE LA MUJER-MADRE	33
4.1.1 Nacimiento femenino: el cuerpo que deviene mujer	33
4.1.2 Caminos hacia la feminidad: Ser hija de esa mujer	38
4.1.3 Hado materno: Erinia, la hija psicótica	45
5. DISCUSIÓN Y CONCLUSIONES	56
6. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	58
APÉNDICES	61

RESUMEN

La presente investigación muestra el análisis de caso de Ila, madre con una hija con psicosis, a partir de la recuperación de su relato, entorno a su historia de vida, con la finalidad de comprender las vicisitudes subjetivas que ponen de manifiesto su acceso a la feminidad y a la maternidad. De manera que, se destaca lo fundamental de la dimensión narrativa, como medio de comprensión de las experiencias desde el lugar del ser-madre, a partir del lugar ocupado por otra mujer, la hija, cuyo desencadenamiento psicótico, trastoca la historicidad femenina de la madre, lo que apunta a la reflexión de la transmisión generacional en la forma en que se vinculan las mujeres con el ejercicio de su maternidad. Tales reflexiones apuntan a la construcción de líneas de trabajo orientadas a la comprensión de subjetividad de las mujeres y madres que enfrentan la psicosis de sus hijas.

Palabras clave: Relato, Feminidad, Maternidad, Psicosis.

1. INTRODUCCIÓN

La investigación psicoanalítica en torno a la estructuración de la psicosis durante la infancia, apunta a reflexiones teóricas alrededor de la función materna ejercida con el hijo o hija durante su proceso de constitución psíquica, lo que si bien, tal producción de conocimiento ha orientado las intervenciones psicoterapéuticas con las personas que la padecen, existe un campo de estudio poco examinado respecto a la exploración de las vicisitudes subjetivas de quienes han cumplido el rol materno durante los primeros años de vida de dichos sujetos.

Derivado de lo anterior, surge la apremiante necesidad de comprender teórica y clínicamente, cómo se vincula, en el caso de la psicosis, la constitución psíquica de las personas que ejercen la función materna con el despliegue de esta, lo que se espera que contribuya a la construcción de nuevas reflexiones respecto a las líneas de abordaje clínico de la psicosis.

Dado que, en México, frecuentemente el ejercicio de la función materna es realizado por mujeres, ya sea la progenitora biológica o adoptiva, la abuela, la tía, etc., en el presente estudio, hemos optado por presentar el caso de Ila, madre biológica de Erinia, una joven con psicosis (clasificada psiquiátricamente en la categoría de esquizofrenia paranoide) para analizar de qué forma el despliegue de su maternidad se apuntala en los avatares de su propia historia psíquica.

Cabe mencionar que, al tratarse de una historia de una mujer que, a su vez, es hija y madre de otra mujer, resulta fundamental, la reflexión en cuanto a la transmisión generacional del acceso a la feminidad, esto es, a partir del análisis del vínculo establecido entre madre-hija.

Asimismo, siguiendo los planteamientos de Bleichmar (1984) y Leader (2011) que problematizan la categorización de las madres de personas con psicosis, a partir de cualidades como “psicotizantes” “esquizofrenizantes” “fálicas” o “simbióticas”, apostamos a un estudio del ejercicio materno que evite el empleo de valoraciones morales que obstaculicen nuestra comprensión de las experiencias narradas.

Para tal fin, nos hemos apoyado en la reflexión de Brousse (2015) respecto a la contribución del psicoanálisis en cuanto a la escucha de los testimonios de las mujeres, una por una, a partir de las dificultades que enfrentan alrededor de lo femenino y lo materno, lo que apunta al rescate de la comprensión de lugar de las mujeres y madres dentro del cuerpo social, lo que, sin duda, trastoca el campo de la subjetividad.

De ahí que, para posibilitar el entendimiento de las vivencias subjetivas, a partir de reflexiones desde lo psíquico y lo social, nuestra investigación parte de la descripción de los fundamentos teóricos que apoyan el análisis del estudio de caso. Posteriormente, se puntualiza el método, señalando la pregunta de investigación, el objetivo y el tipo de estudio; asimismo, se especifica el escenario en donde se desarrolló el trabajo de campo, la descripción general de la participante, seguida por la explicación de las fases del proceso de la investigación.

Para continuar, se muestran los resultados de nuestra investigación, los cuales, presentan el análisis interpretativo de la narración reconstruida a partir de la historia de vida, para finalmente, presentar la discusión y conclusiones desprendidas de la experiencia profesional obtenida durante el proceso de construcción de la misma.

2. MARCO TEÓRICO

2.1 LA MADRE Y LA PSICOSIS

2.1.1 Las efigies del ser-madre

“La mujer debe ser ante todo una madre, a fin de que el cuerpo social esté en condiciones de resistir la tiranía de un goce femenino, susceptible, se cree, de borrar la diferencia de los sexos” arguye Roudinesco (2002, p. 40), por lo que la autora apunta a que, la experiencia de la maternidad se inscribe en la angustia por la posible irrupción de lo femenino, anclado en el poder de una sexualidad de las mujeres, salvaje, desbordante y devastadora.

De tal forma, comenzaremos por señalar que para fines de la presente investigación, la maternidad inicialmente, será entendida como las experiencias corporales que atañen a los procesos del embarazo y parto de las mujeres, a quienes nos referiremos con el término de “madres”.

Vegetti (1996) señala que la maternidad se vincula a la “persistencia de un imaginario monstruoso acerca del cuerpo y de las funciones femeninas (...) potencia generativa experimentada como amenazante y perturbadora” (p. 129), y por lo tanto, generadora de angustia, noción atribuida al campo de lo inconsciente.

Ante esto, explica que existe una representación fantasmagórica de la “madre originaria y arcaica” aquella que remite a la inaccesibilidad de la certeza del origen de la humanidad, por lo que la maternidad al anteceder a toda experiencia individual, articula en el inconsciente, la imago materna que irrumpe en la experiencia psíquica que atañe a lo desconocido, lo siniestro, lo irrepresentable, vivido como aquello que amenaza y perturba (ibídem).

De ahí que, la imagen de las madres oscile entre el cuidado, la protección, la ternura y la alimentación, y el peligro del sofocamiento, pues “por la madre se vive, pero por la madre también se puede morir. En el exceso, la madre se convierte en la que devora a su hijo, en la generosidad que captura y mata” (ibídem, p. 145).

Paradójico reconocimiento de la omnipotencia materna, a partir de lo cual, Lacan (1970) cuestiona los avatares del deseo materno, ante lo que es contundente:

“El deseo de la madre no es algo que pueda soportarse tal cual (...) Siempre produce estragos. Es estar dentro de la boca de un cocodrilo, eso es la madre. No se sabe qué mosca puede llegar a picarle de repente va y cierra la boca. Eso es el deseo de la madre” (p.182).

Por lo que desde su noción del deseo de la madre, comprendido a partir del concepto de “falo”, definido como el significante de la falta, pues “no es un fantasma, ni un objeto, ni siquiera parcial o interno” (Lacan (1957, p. 381) lo que conlleva a ubicar su operación desde otro lugar, es decir, desde la ausencia, elemento que se pondrá en juego en el ejercicio de su función materna, pero ¿en qué consiste ésta?

Siguiendo los supuestos de Lacan, para esclarecer dicho concepto, resulta necesario mencionar que este autor, reformula la significación del concepto de Complejo de Edipo freudiano, definido por Laplanche y Pontalis (1967) como el “conjunto organizado de deseos amorosos y hostiles que el niño experimenta respecto a sus padres” (p. 61) para dar paso a una restructuración teórica que apunta a las elucidación de la función materna y paterna – más allá de la

presencia física de la mujer/madre y el hombre/padre -para dar cuenta de la posición subjetiva del sujeto en el mundo , es decir, el Edipo adquiere un carácter estructurante.

De manera que, de acuerdo con nuestra interpretación de la lectura de Lacan (1966), la función materna, es decir, aquello que se espera de la persona (sin distinción del sexo) que asuma los cuidados necesarios para la sobrevivencia del ser humano tomado como hijo (a), apunta a la posibilidad de la instauración de la función paterna en el psiquismo del niño o la niña.

En tal sentido el autor señala que a “la metáfora paterna concierne la función del padre”, (Lacan, 1958, p. 165), la cual es definida por él, en los siguientes términos: “estructura que ordena y organiza la relación de un sujeto con el Otro. Permite al sujeto tomar su lugar en la cadena simbólica de sucesión y, así, ordenar la dirección de su deseo, tanto del lado de la elección de objeto como del lado de la identificación subjetiva” (1955 p. 389), es decir, implica la presencia de un tercero (el lugar del padre) como representante de la ley que produzca el corte entre el vínculo madre-hijo (a), lo que posibilitará el acceso del niño (a) al orden de lo simbólico (el Otro) esto es, se realizará el anclaje de inserción del ser biológico a la cultura.

De acuerdo con esto, es relevante rescatar que, según nuestra lectura de los textos antes referidos, el lugar al que viene a ocupar el niño (a) es al lugar de la falta de quién ejerce la función materna, es decir, el hijo (a) será situado (a) en función de la vinculación de aquella persona con su propia castración, la cual, según Roudinesco (1997, p. 162) “sólo lo puede ser la representación simbólica de la amenaza de desaparición, en la medida en que no concierne al pene, objeto real, sino al falo, objeto imaginario”.

Hasta aquí se ha distinguido la función materna independiente del sexo de la persona que la ejerza, sin embargo, tal como los demostraremos en el estudio del caso que nos ocupa en la presente investigación, en México es frecuente que, debido a factores culturales y sociales, muchas mujeres que viven la maternidad, continúan asumiendo los cuidados maternos de las y los niños, por lo que, son ellas quienes ejercen la función materna.

En este aspecto, Leader (2011) concluye que la estructuración edípica lacaniana, consiste en el “proceso de debilitar el poder de la madre” (p. 78), por lo que señala que su lugar como ser omnipotente, debe ser cuestionado por la idea de que ella carece de poder absoluto, que está sometida a una fuerza que escapa a su control, es decir, que se encuentra sujeta a la ley; acontecimiento fundamental, dado que, de otra manera, la niña o el niño quedaría absolutamente a su merced.

De aquí que resurja el cuestionamiento respecto al riesgo que representa la función materna que, como ya hemos mencionado al ser practicada principalmente por las mujeres, enfatiza la posibilidad de que ellas desplieguen el poder absoluto de dar vida y dar muerte, y por lo tanto, se plantea la problemática de que pudiesen llegar a convertir a su hijo (a) en un instrumento de lo irresuelto de su propio deseo (Braunstein, 2010).

Tal problematización, es abordada por Jullien (1990), desde la premisa lacaniana respecto a la noción de la declinación social de la imago paterna, la cual toma de eje para explicar de qué manera la posición social de las mujeres ha trastocado el lugar de los hombres como padres, lo que podría dar cuenta de cómo el cambio del orden cultural podría vincularse con el ejercicio del poder de la maternidad y por ende, incidir en su función materna.

Cabe mencionar que, las transformaciones en cuanto a los roles sociales de las mujeres, a las hace referencia el autor, como el acceso a la libertad sexual, si bien se sitúan en la Francia del siglo XX, en México, estas también han acontecido, basta citar como ejemplo, el actual reconocimiento de sus derechos sexuales y reproductivos lo que a su vez, incide en las condiciones en que viven su maternidad, por lo que nos atrevemos a señalar que, la hipótesis de la declinación social de la imago paterna también puede ser reflexionada desde nuestro contexto.

Continuando con la reflexiones del autor, la paternidad a diferencia de la maternidad, se ha convertido en “ocupacional, social, compartida, estallada, plural y entonces, por definición es intercambiable, por el bien y el interés del niño” (ibídem, p. 7), de tal forma, indica que existe una relativización del padre quien puede ser “intercambiable en su rol de educador, en cambio la madre no puede ser intercambiable por el padre” (ibídem, p.8), como si para el autor, resultase innegable ubicar el poderío de las madres a partir de funciones femeninas de reproducción.

Del mismo modo, indica que el discurso social –principalmente a través de los dispositivos jurídico y médico- fortalece la imagen de que las mujeres que son madres tienen el “derecho” sobre el hijo o hija, puesto que, independientemente del vínculo legal con el padre, cuentan con la posibilidad de declarar a su hijo (a) bajo su nombre y de “tener ella sola”, la autoridad paternal, a diferencia de los hombres que son los padres, dado que ellos deben demostrar que son los genitores biológicos y por lo tanto, poder ejercer su paternidad (ibídem).

Asimismo, continua el autor, en las procreaciones asistidas médicamente, una mujer puede tener un hijo o hija, sin encuentro coital con un hombre pues, existe la posibilidad de concebir mediante la inseminación artificial con un donante

anónimo, por lo que, se puede prescindir del ejercicio de la paternidad del hombre gestor.

En nuestro país, los acontecimientos antes descritos forman parte de la realidad de muchas familias, por ejemplo, de acuerdo a los requisitos administrativos de las instancias de registro civil, las madres con sólo presentar su constancia de alumbramiento pueden registrar legalmente a sus hijos (as) sin necesidad de reconocer legalmente al gestor como padre de aquellos (as), y por lo tanto, pueden negarle el ejercicio de su paternidad, hasta que éste lo compruebe genéticamente; asimismo en México, se encuentran funcionando clínicas de reproducción asistida y bancos anónimos de semen; igualmente, existen otros factores culturales, como las adicciones, la violencia, el desempleo, entre otros, que dificultan a los hombres el ejercicio de su paternidad, y por ende, las mujeres y madres toman el control de las familias.

Lo anterior se articula con las reflexiones de Roudinesco (2002), respecto a la transformación del lugar de las mujeres como madres dentro del dispositivo familiar, lo que da como resultado la reestructuración de las composiciones familiares tradicionales.

Así, la autora señala que, los fenómenos como el control de la natalidad, la elección de distintos hombres para concebir a sus hijas e hijos, la inseminación artificial, la fecundación in vitro, los vientres de alquiler y la adopción -la mayoría de recursos ya empleados en nuestro país- pone de manifiesto que, el orden de procreación ha sido conquistado por las madres, y, por ende, son ellas quienes ejercen el poder para designar o excluir al padre frente al despliegue de su maternidad.

Iacub (2005) arguye que la sacralización de los procesos naturales del embarazo y del parto, ha fomentado la constitución de familias centradas en el vientre de las madres, ensalzándose la importancia de lo corporal-biológico en la relación madre-hijo (a).

Además, indica que la constitución de familias biológicas fundamentadas en el cuerpo de las mujeres, ha privilegiado el vínculo permanente entre las madres y sus hijos (as) lo que, a su vez, crea una relación tenue con los padres, a quienes concibe, en los siguientes términos:

“Átomos intercambiables que pueden circular por un lado se les pide que se dediquen al chico como si fueran madres y, por otra parte, cuando hay una separación, los echan como si fueran desechos. Un buen padre es un padre biodegradable” (ibidem, p.4).

De manera que, para la comprensión de las complejas significaciones alrededor de la noción del ser-madre, la cual, desde nuestra particular reflexión, se construye, a partir del ejercicio de la maternidad y la función materna de las mujeres, resulta necesario problematizar de qué forma las vivencias subjetivas de dichos procesos femeninos se entretajan con el orden social en el que se insertan, dado que este se encuentra implicado en lo maternal como experiencia vinculada al cuerpo de las mujeres (Tubert, 1996, p.30).

En tal vía, hemos optado por construir la premisa sobre lo fundamental de los avatares subjetivos y sociales de las mujeres que son madres, para comprender de qué forma se relacionan con sus hijos (as) pero ¿cómo se les ha vinculado con los padecimientos psíquicos de estos (os)? y ¿de qué formas se ha hablado de ellas en cuanto al campo de la estructuración de las psicosis?, a continuación lo analizaremos.

2.1.2 Los lugares de la madre en la psicosis

La figura de la madre ha sido objeto de reflexiones teóricas alrededor del lugar que ocupa en la estructuración psicótica, tal es el caso de Aulagnier (1975; 1986) quien señala que, la madre de una persona con psicosis no es alguien que ejerce la ley, sino que, es ella quien se asume como la ley en sí misma.

De tal forma, Aulagnier (1986) expone el caso clínico de un joven, nombrado Phillipe, quien experimentó un episodio psicótico, en cuyo análisis presentó las características de su madre: narración de su vivenciar infantil contada como una no-historia, es decir, sin presencia de una conexión causal entre los acontecimientos relatados, lo que, de acuerdo a la autora, evidencia la imposibilidad para imaginar un nexo entre el tiempo de la infancia, el de la adolescencia y de la edad adulta.

Asimismo, la misma autora (1986) en una entrevista realizada por Hornstein, retomando dicho caso, enfatizó el predominio, en la madre, del deseo de muerte frente al ser viviente tomado como hijo, señalando:

“Elaboré una hipótesis acerca de otro tipo de drama que se encuentra en algunas mujeres, al que llamé el crimen de lesa Tánatos. En esos casos, el nacimiento es vivido como la consumación de un crimen -eso me parece evidente en la madre de Philippe-. Traté de mostrar cómo en ella hay una desconexión del registro temporal” (p. 367).

En tal sentido, apunta a que, en la psicosis, existe una tendencia a la imposibilidad materna para aceptar el cambio de aquel momento en que ella era condición de vida para la niña o el niño, como si se tratase de un deseo de que “nada cambie” (p.366), rechazando la necesaria temporalidad del ejercicio de su poderío materno frente al ser naciente.

Lo anterior, ya había sido planteado por la misma autora (1975) cuando indicó que, usualmente las madres de personas que desarrollan psicosis, presentan dificultades en distintas esferas como: la represión de su sexualidad infantil, en la construcción de un sentimiento de amor hacia su hija o hijo, con la no correspondencia entre el ejercicio de su maternidad de acuerdo con lo esperado por cultura, y conflicto para reconocer la función del padre (p. 118)

Recordamos pues, como ya lo hemos abordado con anterioridad, la función paterna, siguiendo la reflexión lacaniana, consiste en posibilitar su introducción a la cultura y sociedad, es decir, ser el representante de la ley, mediante la prohibición del incesto que posibilita la castración simbólica frente al deseo de la madre.

Así, siguiendo la orientación clínica y teórica de Aulagnier, Leader (2011) describe las principales aportaciones de la autora, respecto al tema de las diferencias entre la dinámica de las madres en la esquizofrenia y en la paranoia:

“Observó que las madres de los paranoicos, a menudo, hablaban de los sacrificios que habían hecho y el valor que habían mostrado al sacar adelante a sus hijos, con el deseo del padre designado como peligroso o dañino (...) en la esquizofrenia, percibió cómo algunas madres muestran una actitud de rechazo o de completa apropiación de la autonomía del hijo” (p. 192).

A lo que, Leader (ibídem) añade que, con frecuencia, en los casos de paranoia, la madre criminaliza el vínculo padre-hijo puesto que “no tiene derecho a querer a alguien tan malo” (p.192).

Por su parte, Fromm-Reichmann (1948) pionera de la denominada psicoterapia intensiva con personas con esquizofrenia, aborda lo siguiente:

“El esquizofrénico es dolorosamente desconfiado y resentido frente a otras personas, debido a la severa deformación y al rechazo que ha padecido tempranamente de manos de personas importantes, en su infancia y niñez, principalmente de una madre esquizofrenogénica” (citada por Delahanty, 2016, p.16)

Y con tal concepto, la autora explica la importancia del vínculo primario materno en la conflictiva psíquica presentada en la esquizofrenia, dado que, según señala, quienes la experimentan, son personas que han sufrido “graves experiencias traumáticas en la temprana infancia”, lo que ha atentado contra “el único periodo de la vida en la cual, el individuo, generalmente goza de una completa seguridad” (Fromm-Reichmann, 1939, p.8), es decir, la etapa en que los cuidados de la madre son fundamentales para la supervivencia del niño o la niña.

En tal sentido, explica: “el resentimiento, la cólera, la hostilidad, la furia o la violencia con el niño que luego será el paciente esquizofrénico, responde a las tempranas influencias perjudiciales de la “madre mala” como él la percibió” (Fromm-Reichmann, 1954, p.116).

Por su parte, Cooper (1967) analiza que, en la década de 1950, se intentó determinar las características del bloque parental de las personas con esquizofrenia, para explicar el origen de ésta, lo que apuntaba a las dificultades en el vínculo familiar.

De ahí que, en dicho periodo, la madre, fue descrita como manipuladora, dominante, sobreprotectora, y al mismo tiempo, rechazante, mientras que el padre era definido como débil, pasivo, preocupante, enfermo o ausente (Cooper, 1967, p.55).

Por todo lo anterior, la figura de la madre se ha convertido en pieza clave en el campo de estudio de la psicosis, ya que, ha sido vinculada a lo fundamental de sus funciones maternas, así como, a la ligadura afectiva que, se espera, repliegue frente al ser que toma por hija o hijo.

Sin embargo, ante las distintas conceptualizaciones teóricas, que reflexionan sobre las características subjetivas de las madres en función del desencadenamiento psicótico de su progenie, Leader (2011), indica que no existe el concepto absoluto de la madre de un esquizofrénico o la madre de un paranoico, por lo que, es imposible trazar una línea causal.

De tal modo, lo señala: “Podemos ver muchas madres de esquizofrénicos que no se dedicaron al bebé que llevaban en su vientre por narcisismo, o que lo vieron como su propia y exclusiva obra, o que tuvieron depresión postparto, pero no existe una ruta causal que conecte estos hechos con las psicosis de sus hijos” (ibídem, p.191).

Así, tal reflexión converge con la denuncia de Bleichmar (1984) respecto a la construcción de categorías conceptuales como la “madre fálica” aquella definida a partir de la imposibilidad para acceder a la castración, es decir, que remite el deseo de hijo a su deseo de pene (p.168).

Asimismo, la autora crítica el concepto de la “madre simbiótica”, quien ha impedido la triangulación en las relaciones estructurales del Edipo por su narcisismo, las cuales, señala, parecen reducirse a “fórmulas más culpabilizantes que productoras de un conocimiento” (ibídem, p.169).

De ahí que, resulte fundamental para la comprensión de la naturaleza de la psicosis, repensar la valoración moral en el discurso clínico.

2.2 EL TRASTOCAMIENTO DE LO FEMENINO: EL ENCUENTRO CON LA PSICOSIS

2.2.1 Acerca de la feminidad

A mediados del siglo XX, Beauvoir (1949) abre el camino al debate sobre la condición femenina, lo que significó un profundo cuestionamiento sobre la diferencia sexual, la distinción entre sexo y género, y al mismo tiempo, implicó una reflexión sobre los lugares de las mujeres en la sociedad, esto a partir de los discursos de la biología, el psicoanálisis y el materialismo histórico.

De tal forma, tales reflexiones teóricas, realizadas por una mujer, quien, habló desde su propia condición femenina, significaron un parteaguas en el movimiento emancipatorio de las mujeres de la época.

Sin embargo, antes de eso, la producción histórica del conocimiento alrededor de lo femenino había sido resuelta de otra forma:

“El misterio que es la mujer constituirá, pues, el objetivo, el objeto, el envite de un discurso masculino, de un debate entre hombres, que no le interpelaría, no le incumbiría. Del que ella, en última instancia, no tendría que saber nada” (Irigaray, 1974, p. 7).

Así, lo demuestran Roudinesco y Plon (2008, p. 1016), con su análisis histórico del estudio de las mujeres desde el siglo XIX, con personajes como, Breuer y Charcot hasta el siglo XX con Freud y Lacan.

Y son precisamente, esas dos últimas figuras, considerados pilares del psicoanálisis: el primero como fundador y el segundo como sucesor, quienes, actualmente, en tal campo del saber, continúan siendo puntos de referencia para el estudio de la subjetividad femenina.

De tal forma, resulta fundamental describir brevemente sus principales aportes teóricos que, han explicado la feminidad, a través del paradigma edípico, mismo que mantiene abierto el debate sobre la constitución subjetiva de las mujeres y su relación con el mundo.

Las primeras elucidaciones de Freud (1924) señalan que, en el caso de las niñas, el denominado complejo de Edipo, se desarrolla a partir de la consideración del clítoris como un pequeño pene que crecerá en algún momento, sobre el que, luego pensará que alguna vez poseyó un pene pero que fue castrada, es decir, asumirá el cumplimiento de la castración, inferencia que no aplicará a las mujeres adultas, a quienes la niña, cree poseedoras de un pene “grande y completo, vale decir, masculino” (p.186)

Ante la renuncia del pene, Freud indica que, la niña buscará formas de compensarlo, esto es, a través de un deslizamiento del pene al hijo, lo que significa que su Edipo culminará en el deseo de recibir un hijo de su padre. Así, el deseo de poseer un pene y un hijo serán colocados en el inconsciente.

Posteriormente, Freud (1925) desarrolla aportaciones respecto a lo que sucede en el periodo que antecede al complejo de Edipo, esto es respecto a la etapa preedípica, fase caracterizada por la presencia de dos procesos fundantes de la constitución femenina: la envidia de pene y el complejo de masculinidad.

Así, “la envidia de pene”, tal como él la denomina, acontece luego de que la niña observa el órgano sexual del niño, el cual es tomado como el correspondiente superior del suyo, pequeño y escondido, es decir descubre la inferioridad de su clítoris. A partir de ese momento, sabe lo que no tiene y quiere tenerlo, apareciendo así el denominado “complejo de masculinidad”.

Por lo que, añade que, a partir de tal acontecimiento, la niña tiene la ilusión de que en algún momento tendrá un pene para igualarse con el niño, hasta que aparece la desmentida, es decir, se niega a aceptar su castración creyendo que posee un pene, por lo que en lo siguiente se comportará como un varón.

De tal manera, manifiesta que, la niña termina por admitir su herida narcisista, de asumirse castrada, estableciéndose un sentimiento de inferioridad en la mujer, debido a la explicación de la ausencia de pene como situación de castigo.

Pero, según Freud, la “envidia de pene” tiene distintos efectos en el psiquismo de la niña: primero, posibilita el decaimiento del vínculo tierno con la madre, debido a que ésta es vivida como la responsable por la falta de pene, acrecentado por la aparición de los celos dirigidos a otro niño, a quien piensa que la madre ama más, y segundo, permite el alejamiento de la masturbación, lo que implica apartarse de la masculinidad y así encaminarse hacia la feminidad.

Luego de esto, de acuerdo con el autor, aparece el complejo de Edipo, el cual es concebido como un proceso secundario del complejo de castración, lo que posibilita e introduce la etapa edípica, fase que permite el deslizamiento libidinal de la niña, a partir de la equivalencia simbólica de pene igual a hijo, es decir, el deseo del pene es reemplazado por el deseo de un hijo, lo que permite tomar al padre como objeto de amor y la madre como objeto de celos.

Años más tarde, Freud (1931) se cuestiona sobre, cómo el primer objeto de amor, la madre, es abandonado por la niña para dirigirse al objeto padre, por lo que, desarrolla la cuestión de la sustitución de objeto-madre a objeto-padre.

En tal vía, Freud (1923), acota que la llegada a la situación edípica normal positiva, es decir de actitud amorosa hacia el padre y hostilidad y celos hacia la madre, sucede luego de superar la etapa pre-edípica regida por el complejo negativo, en el cual el padre es visto como rival.

En tal sentido, señala que, la situación de la niña en los primeros años de vida es igual a la del niño, puesto que en ambos casos, viven un intenso vínculo primario materno, dado que se trata del primer objeto de amor, debido a que es la madre quien da el alimento y se encarga de los cuidados del cuerpo.

Así, Freud (1923) indica que, el cambio de amor exclusivo a la madre, se transforma en un extrañamiento hacia ésta, acontecido por el reproche de la niña por “haberla parido mujer”, no dotarla del pene, por no amamantarla suficientemente, por obligarla a compartir su amor con otros, por no cumplir con sus expectativas amorosas y por incitarla al quehacer sexual (como la masturbación) y luego lo prohibirlo (p.236).

De esta forma, la conversión del amor en odio que resulta en ambivalencia hacia la madre, se hallará ligado al complejo de castración, proceso que permite el distanciamiento de la madre para posibilitar la transferencia amorosa hacia el padre, lo que implica que “el cambio de vía sexual de la mujer tiene que corresponder un cambio de vía en el sexo del objeto” (ibídem, p.230).

En tal sentido, Freud (1923) explica que, es la madre quien despierta la fase fálica de la niña, debido a la vivencia de seducción vivida por la producción de sensaciones genitales por la limpieza y cuidado del cuerpo.

En este aspecto, Freud indica que las metas sexuales hacia la madre serán pasivas y activas, puesto que, tanto en la niña como en el niño, las primeras vivencias son pasivas, es amamantada (o), limpiada (o), vestida (o) por ella, lo que, posteriormente cobrarán un sentido activo, ahora el ser amamantada (o) será sustituido por mamar, y más tarde, se trasladará a sus juegos y la adquisición de su autonomía.

He ahí que, según explica, la disminución de las metas activas y el aumento de las pasivas, permitirán el tránsito del objeto-madre al objeto-padre, lo que, significa que la ligazón primaria con la madre - característica de la etapa preedípica- ha sido superada para dar paso al camino hacia la femineidad.

Lacan (1958) a partir de su conceptualización de la primacía del falo en el orden de la cultura como eje de la Estructura del Edipo indica:

“En la mujer, el padre no tiene dificultad en hacerse preferir a la madre, como portador del falo, en tanto ella se reconoce como no teniéndolo - aunque esto nunca se realiza completamente- Ella sabe a dónde ir a buscar el falo; por eso una “verdadera” femineidad presenta una dimensión de coartada, y una “verdadera” mujer algo de extravío” (p. 201).

De tal forma, el autor enfatiza la importancia de la castración, a través de los movimientos generados por la función del padre en la Estructura del Edipo, pues primero, el niño se identifica con el falo, que es el objeto del deseo de la madre, momento en que se resuelve la cuestión de ser o no ser el falo, siendo el padre el mediador para que dicho corte se establezca; a lo que luego, devendrá la cuestión del tener o no el falo, lo que brinda la posibilidad de convertirse en un hombre o una mujer, lo que significa una relación con la pérdida, es decir, con la castración.

2.2.2 La psicosis en las mujeres

¿Por qué enloquecen las mujeres? se cuestiona Lagarde (2005), ante lo que responde que, aquellas que experimentan tal desbordamiento psíquico, se han enfrentado a las contradicciones generadas a partir de la imposibilidad de la completud en el otro, que en su condición de ser en falta como cualquier sujeto, ellas han encontrado en el camino de la “locura” la materialización de anulación de sí misma frente a la relación con su madre, cónyuge o hijos (as).

De ahí que, la autora problematice el tema de la “locura” en las mujeres, a partir del análisis de las formas culturales implicadas en la identidad genérica, la cual, transmitida por vía femenina - a través de la madre, o bien, de aquellas mujeres a quienes se les asigna la crianza de las niñas-, apunta a la internalización de la carencia como condición femínea, y la aceptación de la renuncia y el sacrificio como medios para encontrar en los otros, su completud, y así, lo reflexiona:

“Sus desquiciados actos y su delirio se insertan de dos maneras en la vida social y en la cultura: como atentados contra el deber ser de todo el género, y como su más fiel realización. En el primer sentido, las mujeres son locas al faltar a la feminidad en las formas requeridas, y en el segundo caso, porque al ser mujeres, están implícitamente locas” (p.704)

Y es, en ésta última sentencia respecto a las mujeres “implícitamente locas”, en donde se evoca a la naturaleza femenina y, por ende, al cuerpo biológico, entidad que, tal como lo demuestra Foucault (1961) históricamente se ha vinculado con el tema de la locura.

En tal sentido, el autor, refiere que, en la antigua Grecia y más tarde, en siglo XVIII, el útero ha sido representado, como el órgano sexual femenino vinculado a etiología de las perturbaciones emocionales - como la histeria-, puesto que “todo el cuerpo femenino está surcado por los caminos oscuros” (Foucault, 1961, p.455), por lo que, también existe, la posibilidad de experimentar la locura, como la “fiel realización” del género, como lo denuncia Lagarde (ibídem, p. 704).

Pero ¿qué se ha entendido por la locura?, ¿cómo se le ha definido? sobre ello, rescatamos las palabras de Roudinesco (2008):

“Fuera que se la llamara furor, manía, delirio, rabia, frenesí, alienación, o que al insensato se lo designara con un término popular (chalado, chiflado, tocado, piantado) la locura siempre fue considerada lo otro de la razón. Extravagancia, pérdida del sentido trastorno del pensamiento, divagación del espíritu, dominio de la pasión” (p.664)

En tal sentido, la autora introduce su análisis histórico de la locura, sobre la que señala que, fuera de la magia o la religión, existen tres marcos que intentan asirla para comprenderla: la psiquiatría que, desde el enfoque médico, la nombra “psicosis” -ya sea, paranoia, esquizofrenia, o la maniaco-depresiva-, la antropología que analiza sus distintas manifestaciones culturales, y finalmente, el psicoanálisis, que la aborda a partir de la escucha de la palabra, del deseo y de la vivencia del fenómeno.

Tal ha sido la trascendencia histórica del psicoanálisis en el estudio de la denominada locura que, desde finales del siglo XIX, Freud retomó el término psiquiátrico “psicosis” para elaborar un conjunto de supuestos teóricos alrededor de la etiología psíquica de los síntomas atribuidos a dicho fenómeno, tales como la

alucinación y el delirio, presentes en la esquizofrenia y la paranoia, consideradas junto a la maníaco- depresiva, como los tipos de psicosis.

En sus primeros textos, Freud (1894) ya aborda el tema de la psicosis, sobre la que señala que en existe una “desestimación” que el yo realiza sobre una representación insoportable junto a su afecto -como si ésta nunca hubiera existido- lo que origina la “confusión alucinatoria” (p.59).

Posteriormente, tomando como base su modelo estructural del aparato psíquico (1923) formado por las tres instancias denominadas: Yo, Ello y Superyó, señala que la psicosis consiste en el avasallamiento de las fuerzas pulsionales del Ello sobre el Yo lo que genera una cancelación de su vínculo con el mundo exterior, produciéndose la pérdida de la realidad.

Por lo que, continua explicando que en el Yo, se construye una nueva realidad exterior e interior, a partir mociones del Ello, por lo que, se reemplaza la realidad exterior por otra más acorde al deseo, siendo la alucinación la vía que procura las percepciones en correspondencia a esta otra realidad, mientras que el delirio actúa como “parche colocado en el lugar donde originariamente se produjo una desgarradura en el vínculo del yo con el mundo exterior” (ibídem, p.156).

Y así, Freud (1924) atribuye a la insoportable frustración -externa e interna bajo el dominio del Superyó- de las mociones de los deseos del Ello, como factor fundamental para el desencadenamiento de la psicosis, por lo que ésta se trataría de una “rebelión del ello contra el mundo exterior (...) su displacer o, si se quiere, su incapacidad para adaptarse al apremio de la realidad” (p.195)

A pesar de que Freud no abordó específicamente algún caso de psicosis femenina, sí elaboró un análisis del texto autobiográfico publicado por Schreber (1911) a través del cual, estudió la psicosis paranoica de un hombre, y en el cual, privilegia el lugar de la “fantasía de deseo femenino” anclada a la homosexualidad “pasiva”- tal como la denomina- como fuente del delirio persecutorio, siendo éste, resultado de la defensa yoica ante tal deseo proveniente del Ello (p.45).

Empero, una década más tarde, Lacan (1933), retoma los postulados freudianos sobre la psicosis, para analizar la paranoia de una mujer, y mediante la presentación del caso Aimée concluye que, se trata de “una detención evolutiva de la personalidad en el estadio genético del Super-Ego” (p. 316) derivado de una fijación infantil en aquella etapa psicosexual en la que se interiorizan las prohibiciones parentales.

De tal forma, según nuestra interpretación, inicialmente establece una relación entre la psicosis y la sexualidad, pues en dicha esfera, señala, se sintetizan los factores orgánicos y sociales que construyen la personalidad de los seres humanos.

Derivado de lo anterior, enfatiza la hipótesis freudiana desprendida del caso Schreber, respecto a la vinculación homosexual con la paranoia de Aimée, por lo que explica que es en el delirio donde se exteriorizan los conflictos procedentes del complejo fraternal, mediado por la erotización de la zona anal, la tendencia sadomasoquista y la elección homosexual de hermanas o hermanos; asimismo, indica que, en la estructura del delirio, se manifiesta la significación de homosexualidad reprimida de los síntomas y la persecución (íbidem).

Bajo esa tesitura, apoyado en los supuestos teóricos de Freud, Lacan (1933) retoma el término denegación y construye un conjunto de enunciados que explican la regresión libidinal en la estructura del delirio de Aimée: el contenido persecutorio devendría de “Yo no lo amo: lo odio” que implicaría una proyección de la oración Él me odia, mientras que la erotomanía provendría de “*Yo no lo amo es ella*” (el objeto del sexo opuesto) proyección de *Ella me ama* (p.237).

Por su parte, el tema de los celos acontecería de “*Yo no lo amo: es ella quien lo ama*” con o sin inversión proyectiva, y finalmente, la cuestión de la grandeza se desarrollaría de “*Yo no lo amo. Yo no amo a nadie. Yo no amo más que a mí*” (ibídem).

Posteriormente, Lacan reformula el complejo edípico freudiano mediante el desarrollo teórico de la función paterna, posicionada como el eje rector de la estructuración psíquica, y a través de la cual, explicará las causas de la psicosis.

De ahí que, ubique tres tiempos en la Estructura del Edipo, los cuales estarían mediados por la función que el padre realiza, a través de la “metáfora paterna”, cuya definición ya fue abordada en el capítulo anterior, en la tríada formada con la madre y el niño, pues “más allá del otro, es necesario que exista lo que da fundamento a la ley” (Lacan, 1958, p. 55).

En tal sentido, el autor explica que, en el primer tiempo edípico, el niño intenta identificarse con lo que es el objeto de deseo de la madre, por lo que es deseo del deseo de ésta, pero que, en este juego del deseo materno, existe algo más allá del deseo de la satisfacción del deseo del niño: “detrás de ella se encuentra el orden simbólico del que depende y ese objeto predominante en dicho orden, es el falo” (ibídem, p.87).

En el segundo tiempo, el padre interviene en su función de privador, pues quita al niño su estatus de ser el falo de la madre y al mismo tiempo, despoja a esta de su objeto fálico representado por el niño, por lo que encuentra al Otro del otro, es decir, la ley. Y sobre ello, Lacan enfatiza “hay una relación entre esta remisión de la madre a una ley que no es suya, y el hecho de que el objeto de su deseo es realmente poseído por ese otro a cuya ley ella remite” (p.87).

Finalmente, en el tercer tiempo, el padre aparece como aquel que tiene el falo y que no que es tal, lo que permite la reinstauración de la instancia fálica como objeto deseado por la madre, por lo que el niño accesa al mundo de lo simbólico, es decir, se vincula con el orden social.

De tal forma, Lacan explica que el proceso de instauración psíquica de la ley en el inconsciente, apunta al orden del lenguaje, lo que permite el vínculo del sujeto con lo simbólico, es decir, ancla al ser biológico a la cultura, y es precisamente aquí, donde se orientaría el conflicto en la psicosis, pues en ésta, existe un “rechazo al acceso de la castración por parte del Yo (Je), lo que, al ser rehusado en el orden simbólico, vuelve a surgir en lo real en forma de alucinación” (1955, p.27).

Por lo que, en el caso de la psicosis, existe una carencia en el significante primordial (lo que él denomina, la forclusión del nombre-del-padre) que dificulta el proceso de simbolización en el sujeto: “El Otro, como sede de la palabra y garante de la verdad, es suplantado aquí por el otro; la supresión de la dualidad entre el Otro simbólico y el otro compañero imaginario, es lo que suscita en el psicótico tantas dificultades para mantenerse en el real humano, es decir, simbólico” (1979, p.68).

3. MÉTODO

En este estudio se analiza la producción narrativa de Ila, en torno a su historia de vida reconstruida desde su lugar de mujer y madre de Erinia, su hija con psicosis, a partir de la siguiente pregunta de investigación: ¿cuáles son las vicisitudes de su constitución subjetiva femenina que se entretajan en la vivencia de la maternidad desplegada ante su hija con esquizofrenia paranoide?

Objetivo

Analizar el relato de la historia de vida de una mujer, Ila, desde su lugar de madre de Erinia, joven que padece esquizofrenia paranoide, con la finalidad de explorar las vicisitudes de la constitución subjetiva femenina de la primera, para comprender cómo esto se entrelaza en su ejercicio de la maternidad frente a su hija con psicosis.

Tipo de estudio

Derivado del interés de nuestra investigación en el relato femenino, se rescata la dimensión narrativa puesto que, a partir de esta, se permite dar a la propia existencia la forma de una historia que, una vez trasladada al campo del lenguaje es susceptible a la interpretación y a la búsqueda de la comprensión del sentido del discurso (Ricoeur, 2009).

Siguiendo la teorización ricoeuriana apuntamos a que la narrativa es constitutiva de la comprensión de sí, puesto que el entendimiento que tenemos de nosotras (os) es “una comprensión narrativa, es decir, que no podemos captarnos fuera del tiempo y, así pues, fuera del relato: hay entonces una equivalencia entre lo que soy y la historia de mi vida” (Ricoeur, 2009, p. 207).

Así, hemos optado por desarrollar un estudio fundamentado en un diseño narrativo, propio de la investigación cualitativa, apoyado en el rescate del discurso de Ila, mujer y madre participante de nuestro estudio, para aproximarnos a una comprensión de sus experiencias de vida, esto mediante el análisis de su realidad subjetiva, la contextualización de la época y lugar en la que ha vivido, así como, de la interpretación de tales vivencias (Sampieri, 2006).

Cabe mencionar que, de acuerdo con el autor antes señalado, el abordaje metodológico elegido puede cumplir una doble función: investigación e intervención, dado que, la acción de contar una historia a la investigadora brinda la posibilidad a nuestra participante, de esclarecer cuestiones hasta ese momento silenciadas, lo que apunta a la comprensión de sí misma y a la inminente apropiación del propio sentido de su existencia (Ricoeur, 2009).

Por consiguiente, en este trabajo se presenta un estudio de caso en su modalidad de relato de vida, rescatando la dimensión narrativa a través de la entrevista semiestructurada y en profundidad.

Además, se utiliza el análisis del discurso como medio para la interpretación de dicha producción discursiva, apoyándonos en reflexiones fundamentadas en diversas corrientes de pensamiento, tales como el psicoanálisis, la filosofía y el feminismo, con la finalidad de repensar las problemáticas que aquí nos ocupan, desde un enfoque transdisciplinario.

Finalmente, consideramos que tal directriz metodológica nos permite, por un lado, enfatizar en la realidad subjetiva, y por otro, posibilitar una aproximación a la comprensión de las experiencias singulares, de ahí que no se pretende construir generalidades, sino profundizar en la particularidad del caso presentado.

Escenario

Casa Hogar fundada en 1992, cuya misión es ofrecer acogimiento domiciliario a mujeres con problemas emocionales y/o padecimientos mentales. Se encuentra ubicada en el municipio en Emiliano Zapata en Morelos, México.

Participante

Ila, mujer mexicana de 48 años, residente del estado de Morelos. Es madre de Erinia, joven de 23 años que padece psicosis, dado que cuenta con un diagnóstico psiquiátrico de esquizofrenia paranoide.

Procedimiento

En un primer momento de nuestra investigación, se estableció una reunión personal con la y el fundador de la institución de asistencia social, quienes posibilitaron el contacto con Ila, participante seleccionada por tener una hija con psicosis , la cual, en el momento del estudio se encontraba residiendo en la casa hogar.

Cabe mencionar que, la investigadora tuvo acceso al expediente institucional de Erinia, hija de Ila, para el conocimiento del diagnóstico psiquiátrico correspondiente; posteriormente se tuvo un primer encuentro con Ila, sujeto de estudio, a quien se explicó el objetivo y procedimiento de nuestra investigación, así como, las condiciones de confidencialidad y la posibilidad de retirarse del estudio en cualquier momento que lo decidiera. Se le leyó y se solicitó la firma de una carta de consentimiento informado, donde se especificaban los lineamientos de su participación.

Subsiguientemente, se llevaron a cabo cinco encuentros con Ila, en las instalaciones de la institución antes referida, y se realizaron entrevistas con una duración aproximada de una hora, las cuales estuvieron apoyadas por un guión previamente elaborado (ver apéndice A) con la finalidad de reconstruir la historia de vida de nuestra participante, mediante la exploración de las vicisitudes de la constitución subjetiva femenina en la infancia, la adolescencia, la juventud y la adultez, vinculadas el tema de la maternidad.

Cabe mencionar que, persiguiendo el objetivo de nuestra investigación, para profundizar en la cuestión de lo materno, durante las entrevistas focalizamos en la exploración de las vivencias de Ila entorno a su lugar de hija, esto es en relación al vínculo con su propia madre, y además, desde su lugar de madre de una joven con psicosis.

Es importante mencionar que durante la fase de la recuperación del relato, la investigadora proporcionó contención emocional cuando esto fue requerido por Ila, derivado del surgimiento de afectos dolorosos durante la reconstrucción narrativa de su historia de vida. Al finalizar dicha etapa, se le brindó información sobre espacios de atención psicológica para iniciar un proceso psicoterapéutico, en caso de que así lo decidiera.

De tal modo, las entrevistas fueron registradas en audio con el permiso expreso de Ila, y posteriormente transcritas para su respectivo análisis discursivo.

4. RESULTADOS

4.1 ILA, ENTRE EL ALBOR Y EL OCASO DE LA MUJER-MADRE

4.1.1 Nacimiento femenino: el cuerpo que deviene mujer.

Sexto día del mes de mayo, año mil novecientos sesenta y seis, zona rural de México, son los datos registrados en el certificado del nacimiento de un cuerpo dotado del sexo mujer, generado a partir de la unión sexual de una mujer y un hombre, quiénes al recibirla como su primera hija, adquirieron la posición social de madre y padre dentro del dispositivo familiar, al que años más tarde, se integraron otros dos hijos y una hija, para formar una familia de seis personas.

Ante ello, los cuerpos sexuados de la progenie se engranan a la estructura familiar mexicana, enraizada a una sociedad que, de acuerdo con el análisis de Ramírez (1959), heredera del mestizaje, toma a las mujeres nacientes para encarnar la imagen femenina identificada culturalmente con lo indígena- opuesta a la figura masculina ligada a lo español que conquista y domina-, lanzándolas al enfrentamiento de los atributos asignados, a su sexo: devaluación, debilidad, sometimiento, objeto de conquista y posesión sádica (p. 21).

Ante tal panorama, inicia la existencia femenina de Ila: mujer, hermana, madre y abuela, caracterizada por su tez morena, delgadez, baja estatura, cabellos largos y negros -parcialmente encanecidos-, con un rostro anguloso, en el que predomina expresiones rígidas acompañadas de sonrisas discretas, y ante el sobresalto de recuerdos dolorosos, rehúye del llanto.

Dotada de una voz parsimoniosa, articula un discurso fluido con constantes muletillas, y a través del cual, nos presenta una historia tejida por recuerdos, algunas veces nítidos, otros difusos y algunos más, resguardados profundamente en el olvido.

Así, comienza su propio viaje histórico, a través del relato de su vida, la cual, implica un comienzo, pero se trata aquí, de una historia abierta sobre el principio, pues la concepción de la existencia en el mundo no será nunca un recuerdo (Ricoeur, 2009), dado que, ante tal vacío en la memoria, es el ó la otra, quién a través de su palabra, narra momentos destinados a ser inscritos en la historia personal (Braunstein, 2001).

“Mi mamá nunca nos platica nada”, enuncia Ila, en un intento por articular un punto de inicio en su historia, pero en su lugar, presenta una – entre muchas otras – de las imágenes de su madre, a quién, parece atribuir una primera función: apalabrar lo inaccesible a su propia memoria, dotarla de un espacio y tiempo, para trazar el inicio de la narración de sí misma.

Entonces, indica: *“lo único que yo me acuerdo, lo que mi mamá me dice”*, como si de pronto, rescatara aquello que sabe, a partir de la palabra de su madre: *“dice que cuando yo tenía dos años, porque eso sí no me acuerdo, dice que yo le ayudaba, lo único que ella me dice que, desde muy chiquita, a mí me gustaba ayudarle”*.

Con tales palabras, Ila reproduce una primera historia devenida mito, hecho incuestionable y asumido con certeza en su vida: *“fíjese desde cuándo yo le ayudaba”*, rescatando, así, el origen mítico de la relación con su madre, basado en

su ferviente apoyo como hija; función difícil de eludir frente al nombre que lleva su madre, cuyo significado remite a la acción de socorrer.

Enseguida, comenta: *“yo no me acuerdo, ya me acuerdo de cuando ya me quedé así, yo creo que todo el tiempo le ayudé, pero yo digo que cuando más, cuando yo sentí más pesado fue cuando ya nos quedamos solos”*, y así, comienza a delimitar aquello que pertenece a su propia memoria, esbozando un primer recuerdo, que, al contarlo en primera persona, se ancla a la imagen del yo y a su historia individual (Braunstein, 2001).

De pronto, con énfasis, señala: *“yo fui huérfana de siete años”*, frase inaugural de la historia de una mujer cuyo origen yoico recae en la orfandad, pero ¿qué significados entretrejen esa realidad enunciada?

Para Ila, el comienzo histórico de su vida, aquel que le devuelve los primeros recuerdos infantiles, se inscriben en el devenir de la muerte, que la convirtió en huérfana de padre: *“como siempre los han matado, que los esperaban en los caminos, pues ahí, así murió él”*, expresa vagamente para referirse a la muerte de su progenitor, figura sobre la que surgen difusas memorias:

“Ya se me está olvidando, porque ¡uy, no!, pues ya tiene muchos años, como que ya se me fue borrando, lo único que me acuerdo es que sí nos regañaba, pues como todos los niños, yo me imagino que vamos creciendo, haciendo cosas que no sabemos, lo recuerdo como un hombre así pues joven, era delgado, tenía como veinte años cuando mucho, se iba a trabajar al monte, cuando estaba se salía a trabajar, entonces pues como que estábamos muy poco con él, era muy poco lo que convivimos con él”.

Con tales palabras, Ila presenta a un padre escasamente ubicado en su historia, y cuya imagen es reconstruida alrededor de la representación de la instauración de la ley moral, el trabajo y la distancia afectiva con sus hijas e hijos, difusa descripción paterna que parece responder a lo culturalmente asociado con el progenitor mexicano.

En tales términos, Ila habla de aquel hombre al que llama padre - para quién no hay más palabras que lo refieran- amalgamado en la exclusión de su discurso, petrificado en la imagen de la muerte, pero cuya pérdida vino a resignificar su vida: *“ahí fue cuando empecé a sentir más pesado”*, exclama, como si a partir de ese momento, iniciara un sinuoso camino.

“Entonces mi mamá se puso a trabajar, fuimos cuatros hermanos y yo me quedaba con ellos”, explica, por lo que siendo la primera hija y, por lo tanto, la hermana mayor dentro del vínculo fraternal establecido con una mujer y dos hombres, le fueron designadas, aun siendo una niña, funciones de carácter materno: *“no les dejaba sin comer, mi hermanita tenía meses, estaba chiquita, todavía no caminaba, pues creció conmigo, estuvo conmigo, yo la cuidaba, yo hacía todo, ¡todo!”*, indica.

Enseguida agrega: *“yo sentía que no podía hacer lo necesario, o sea como que yo no podía hacer cosas que no, ¿se imagina?, pues a mi edad y hacerlo”*, como si reconociera algo de carácter inadmisibles para el cuerpo de una niña, puesto al servicio de los otros.

En tal sentido, la posición de nacimiento de Ila parece haber determinado aquello que le correspondía realizar por “orden natural” en la familia, ya que, al ser la hija de mayor edad, debía colaborar con el cuidado de la prole y de la casa,

acontecimiento fundamental en la construcción cultural de la feminidad, puesto que la niña se convierte en “mujer antes de tiempo” (Beauvoir, 1949 p.224).

De esa manera, Ila fue lanzada a la práctica cultural, habitual en México, denominada por Lagarde (1990) con el término de maternidad infantil, debido a que las niñas se convierten en madres por las funciones que cumplen en relación con sus hermanos y hermanas, función simbólica adquirida por vía materna, y en cuyo caso, la inserción laboral de su madre, lo precipitó: *“sembraba maíz, y me iba yo a dejarle su comida, y en la noche cuando llegaba le hacía de cenar, yo sentía bien feo y decía, ¿cómo? si mi mamá trabajaba y que sin comer y en el campo”*.

De tal forma, germina el trastocamiento simbólico de los lugares ocupados por las mujeres de la familia, tras el fallecimiento del padre, puesto que, la niña-hija mayor asumió los cuidados maternos y del hogar, mientras que la madre se convirtió en la proveedora económica.

De ahí que, el cumplimiento de otra función social de la madre de Ila, como trabajadora del campo, tuviera implicaciones en la relación afectiva con sus hijas e hijos: *“como que hemos convivido poco con ella, porque pues ella trabajaba, yo en la casa, todo el tiempo como que hemos convivido poco, entonces yo siento que, a lo mejor por eso, como que no estamos muy allegadas a ella”*, recuerda.

Así, Ila presenta su vivencia infantil de carencia de afecto materno, lo que anclado a la experiencia psíquica de la pérdida simbólica de la madre - sublime, idealizada, dadora de vida, nutricia, jamás retornable – la arrojó a la interminable búsqueda de aquello que ha perdido y que creerá encontrar en el otro, estigma femenino que apunta a la instauración de lo materno: puesto que “nadie será más

madre de esa huérfana, que por su orfandad materniza a todos” (Lagarde, 1990, p. 432).

Pero ¿qué otros significados surgen desde tal vivencia de orfandad?, ante esto, una historia que precede la suya, brota de sus recuerdos: *“ella [su madre] dice que también fue huerfanita cuando era chiquita, ella no tuvo mamá nada más tuvo papá”*, como si, de pronto, la historia de su madre se entrecruzara con la suya, delineando un hilo identificador con la imagen de ésta, para trazar, a partir del juego de la repetición y atemporalidad psíquica, el futuro despliegue de su propia maternidad.

4.1.2 Caminos hacia la feminidad: Ser hija de esa mujer.

“Ella es persona buena” señala Ila, para describir a su madre mediante la valoración moralmente positiva del ideal materno, y agrega: *“lo que pasa es que es como que muy distanciada de nosotros”*, para contraponer la primera idea, y enfatizar, una vez más, la vivencia del desapego materno, *“como que nos quiere, pero como que no nos lo demuestra”*, enunciado que, al trastocar la dimensión temporal, expresa la experiencia de carencia afectiva, aún presente en su vida.

Continuando con la descripción de su madre, Ila señala: *“como que no es muy allegada, sí, ha sido como que muy despegada, como que no le gusta mucho convivir”*, oraciones articuladas desde la negación y que, refuerzan la representación materna basada en la ausencia, *“pero es una persona buena, yo siento que es una persona buena”* añade, con lo que Ila resurge en primera persona en su discurso para aludir a la ambivalencia sobre su madre, ligazón oscilante entre el amor-odio, la cual, desde la perspectiva de Freud (1925/1991), se intensifica en las mujeres por su condición sexual.

Ante el resurgimiento de afectos contradictorios sobre su madre, Ila señala: *“mi mamá es muy diferente”*, como si, estableciera una distinción entre la mujer que toma como su madre del resto de las mujeres- madres y que quizá, en su representación forman parte del universo ideal materno, *“o sea mi mamá es de un pueblito”*, agrega, como si, la condición social delimitara las peculiaridades e la relación establecida con su madre, y al mismo tiempo, le permitiera articular diferencias consigo misma:

“mi mamá nunca nos platica nada, ella nunca nos comenta nada, nunca, nos dejó crecer, así como, muy distancia de ella, ella no me platicaba nada , como ella fue así conmigo, yo sí platico más con mis hijos, yo sí les doy a saber más, yo les explico lo que es la vida, y hasta la vez, ella le da coraje cuando nosotros platicamos o nos oye platicando, platicar así con los hijos, ella dice que eso no debemos platicarlo, que no debemos decirlo delante de los hijos, ella se enoja, ella como que lo toma a mal”

Y así, por primera vez en su discurso, surge la vivencia de hostilidad en el vínculo, experiencia surgida a partir la vivencia de su propia maternidad, como si, al ocupar ambas el mismo lugar – ser madres-, Ila hablara desde una nueva posición discursiva que la coloca en paridad diferenciada con su progenitora.

Dicha situación, de acuerdo con Badinter (2011), articula reproches comunes de las hijas hacia sus madres, apoyadas en premisas, como: no me pienso parecer a mi madre, no seré nunca como mi madre, no voy a ser como mi madre y no me ha dado todo lo que necesito.

De tal forma coexisten en el discurso de Ila, imágenes sobre su madre que oscilan entre lo existente y lo ausente, lo bueno y lo malo, el amor y el odio; polaridades que invitan a confrontar el deseo colectivo del amor materno incondicional, representación simbólica e imaginaria, difundida ampliamente en la cultura mexicana con su culto a la figura mítica de la “madrecita santa” (Lamas, 1995).

Esa Madre que se exalta en la arquitectura, “a la que nos amó antes de conocernos” como rezaba el Monumento a la madre (Ortiz, 1949), encarnada en mujeres a las que se les atribuye la preexistencia del amor maternal, incluso antes de convertirse en madre y a quienes, cada diez de mayo se les conmemora para glorificar su abnegada bondad.

Sin embargo, la experiencia de Ila desde su lugar de hija, parece contrastar con dicho ideal, ¿eso implica que tiene una “mala” madre?, ante tal determinismo moral, aludimos a las reflexiones teóricas de Badinter (1980) alrededor del sentimiento amoroso como condición humana, quién señala que la capacidad amorosa se construye según la historia de cada persona, por lo que, en el caso de las mujeres que son madres, tal construcción afectiva surge de sus propias experiencias de vida, por lo que niega la idea del automatismo amoroso maternal desplegado del “instinto materno”, que apunta a que la madre innata e incondicionalmente ama a sus hijas e hijos, incluso antes que a ella misma.

En tal sentido, si retornamos a lo contado por Ila respecto a la historia de su madre: *“ella dice que también fue huerfanita, ella no tuvo mamá”*, ¿cómo asumir el lugar de ser madre sin una previa identificación con la figura materna? ¿es posible dar amor a los propios (as) hijos (as) cuando dicho sentimiento difícilmente se construyó desde la infancia?

Frente a esto, Ila reflexiona: “yo creo que el trabajo es el que nos *distancia*”, como si de pronto, encontrara para sí misma, un sustento racional para la comprensión de la ausencia materna en su vida, pero lo que parece, no ser suficiente para desaparecer el dolor de su vivencia del desapego materno, que continúa persiguiéndola:

“yo me imaginaba que era por el trabajo, pero pues después que me casé, cuando crecí, y este, ella no me veía y estábamos cercas, mi mamá si yo le hablo me habla y si no pues ella no, ella no me habla, si le hablo o le digo que venga, no viene, como que no nos sigue, como que no convive mucho con nosotros”.

De esta manera, ¿qué lugar ocupó la inminente realidad social de la madre de Ila, en el tipo de vínculo libidinal que estableció con su hija?, ¿la inmersión al campo laboral de las madres implica un inherente distanciamiento emocional con sus hijas e hijos?

Ante eso, Badinter (1980), señala que la condición social de las madres incide en la disposición para la atención maternal, puesto que “no es un lujo que las madres pobres pueden darse” (p.185), porque las elevadas jornadas laborales absorben gran parte de su tiempo, lo que mengua los cuidados para sus hijas e hijos.

No obstante, el análisis de la circunstancia social de la madre, que ciertamente coincide con la explicación que Ila se da a sí misma, no aniquila las huellas del desamparo infantil que experimentó: “*como mi mamá se iba pues yo me quedaba sola, pero nos dejaban con mi abuelita, pero a mí no me gustaba, a*

mí me gustaba estar sola, me llevaba a mis hermanos a la casa y allá estábamos en la casa”.

Como si la inevitable carencia de compañía afectiva de su madre la hubiera destinado a aceptar y someterse a la soledad, y al mismo tiempo, tal acontecimiento, hubiera resignificado la figura de la casa, la cual, siendo el símbolo del vientre materno, devino confinamiento, refugio, defensora de amenazas, y más aún, el lugar que le correspondía en este mundo: *“yo siempre era de la casa”* enuncia Ila.

En ese momento, un suceso familiar salta en sus recuerdos, el inicio de relación sentimental de su madre con otro hombre, momento que Ila, ubica a la edad de once años; por lo que, tras el embarazo y nacimiento del quinto hijo de la primera, ésta decidió vivir en la casa de su nueva pareja: *“mi mamá se fue con él y nos dejó, yo me sentía así, mal, me sentía mal, como que se siente uno que se está separando de su familia”*, evoca, suceso que vendría a resignificar el vínculo madre-hija.

De pronto, ante un fallido intento de anular su dolor, algo se escapa: *“pero, como que a la vez como que no, pues como que no me dio mucha importancia”*, como si su debilitado galope narcisista hubiera sido detenido de tajo, pues, el afecto devenido por la ausencia ponía en juego el lugar que ocupaba frente a su madre, lo que, al mismo tiempo, la reencontraba con el sentimiento de ambivalencia hacia ésta.

A partir de la reminiscencia de ese suceso, se articulan palabras que, quedan atrapadas, una vez más, en lo fantasmagórico de la pérdida frente al deseo de su madre, imposible de ser colmado por Ila, pues, fuera de ella, alguien

más puede socorrerla: *“yo dije que, si ella está sola, si ella tiene su bebé, entonces ya estamos grandes, pues ella tiene que ver a su bebé y si tiene quién la va a apoyar, pues ni modo”*.

De ahí que, desde ese momento, Ila junto con su hermana y hermanos, fueron a vivir a la casa de su abuela y abuelo paterno, sobre lo que refiere: *“después de que mi mamá nos dejó, ya no nos dejaron, cuando mi mamá se desintegró de nosotros, ya no nos dejaron vivir solos, nos fuimos adentro con ellos, dentro de su casa, así como hijos”*.

Empero, la experiencia de abandono y separación de su madre coincidió con la vivencia de su pubertad y el tránsito a la adolescencia, tiempo sincrónico con el proceso de recomposición psíquica, tal como lo señala Bleichmar (2002), pues en esa etapa, se determina la identidad sexual, a través de los modos de concreción de las tareas vinculadas a la sexualidad, y ancladas a los vínculos primarios.

En tal periodo, las experiencias de transformación del cuerpo de niña de Ila, como su primera menstruación, fueron vividas con fuerte angustia: *“horrible!, horrible y más cuando no le dicen a uno nada, pues a mí me tocó con unas tías, yo me desperté y me sentí mojada y ya cuando vi ¡sangre en la cama!, le digo, ¡ay, no!, no me quería parar, yo pensaba que me iba a quedar ahí toda la vida en la cama”*, indica.

Por lo que, tal acontecimiento femenino, desde la experiencia de Ila fue vivido con vergüenza y horror, tal como lo expresa: *“¡ay, no, qué pena!, mi tía ahí me andaba apurada ahí conmigo, pero es horrible esto, me dijo, dice espérate la cada mes, pero me tardó como cuatro meses, me tardó porque hasta ya se me*

había olvidado, ya ni me acordaba, cuando fui una vez al baño y que vi otra vez sangre, le dije ¡ay, Dios mío!, ¡ay, no, que feo!”.

Dicha amenorrea, se apuntalada quizá, en la angustia de la muerte anclada el devenir femenino: *“yo pensaba que ya no me iba parar, o sea que, pues que ya me estaba muriendo, no pues, yo creo que ya, ya, aquí me voy a quedar”*, recuerda.

Ante tal acceso al cambio del cuerpo femenino en Ila, el advenimiento del despertar erótico y sexual acontece bajo la mediación de la educación femenina recibida hasta ese momento, representación del designio materno anclado al tabú sexual, al resguardo de la virginidad, a la anulación del erotismo femenino para devenir objeto de procreación: *“las mamás de antes no decían nada, y menos las de allá, mi mamá no me platicaba nada, cuando empezamos a crecer nada más nos decía que no nos dejáramos agarrar de los hombres, era lo único que nos decía, porque el hombre que nos tocara que con ese nos íbamos a casar, y que si nos tocaba nos íbamos a embarazar”*

El porvenir de Ila estaba trazado: *“yo siempre fueron mis ideas de casarme”*, afirma, por lo que, su condición femenina quedaría avocada a la búsqueda de aquel hombre, que le diera el acceso al estatuto de madre, lo que, siguiendo la reflexión de Lagarde (2005), implicaría la aceptación del otro-masculino, como paradigma de plenitud al cual debe satisfacer en su calidad de “ser- para – él”, pues “únicamente él permite a la mujer acceder a su dignidad social íntegra y realizarse sexualmente como amante y madre” (Beauvoir, 1949, p. 207).

4.1.3 Hado materno: Erinia, la hija psicótica

“Mis deseos eran de seis hijos”, indica Ila, significante numérico que, por un lado, apunta al día de su nacimiento – aquel seis de mayo del sesenta y seis, mes asociado con el festejo a las madres en el calendario gregoriano utilizado en México- y por otro, remite a la cantidad de integrantes de su núcleo familiar de procedencia, elementos que bien, podrían vincularse a los significados como origen y creación de vida, atribuciones ligadas a la representación de la Madre.

Asimismo, agrega: *“Yo siempre tuve una ilusión de tener muchos hijos, porque si no, no me hubiera casado”,* con lo que Ila alude a la imagen de la rebosante fertilidad femenina enmarcada en su deseo de “seis hijos”, y al mismo tiempo, asume que dicho fin procreativo estaba determinado por el vínculo conyugal con un hombre que le daría hijos, y, por lo tanto, aquel que la convertiría en madre.

Para tal fin, a los diecisiete años, Ila conoció a un hombre seis años mayor que ella -diferencia numérica idéntica al número de hijos deseados-, significación aparentemente inconsciente que, junto a la creencia de un mito sobre el embarazo, pudieron incidir en su elección del esposo-gestor con quien engendraría a su descendencia, es decir, del futuro padre de sus anhelados seis hijos: *“en un viaje, ahí lo conocí en el camión, él me empezó a hablar, él me buscó, él me decía que me dejara ver y una vez que voy y me agarró de la mano, y que me abraza y que me da un beso ¡no!, yo me sentía que me moría, y que me voy, pero llorando, acabando, porque ya me había dicho mi mamá que cuando me agarrara alguien que yo me iba a embarazar”*

De este modo, Ila presenta una experiencia apuntalada en un primer encuentro sexual basado en el enigma respecto a la fecundación y al lugar de la

genitalidad en el encuentro coital con un ser dotado del sexo distinto al suyo, y frente al cual, se asume una vinculación sostenida en la prohibición erótica, visible en el otro y negada en sí misma: *“él me empezó a hablar, él me buscó, él me decía que me dejara ver”*, tal como lo ha señalado.

De ahí que, Ila proyecte en la figura de su madre, la elección erótica de su objeto sexual: *“como dijo mi mamá que el hombre que nos tocara, que ya nos íbamos a casar, entonces pues yo dije, me tengo que casar con él, y pues ya me quedé con él”*, como si para asumir su propio deseo le resultara necesario la existencia inequívoca del cumplimiento del mandato materno.

Por consiguiente, Ila toma por compañero sexual a un hombre, a quien parece no reconocer más allá del ser biológico portador del semen requerido para la gestación, y con quien, por ende, difícilmente estableció un vínculo erótico ajeno a la maternidad, lo que la llevó a experimentar ambivalencia entre la figura del padre frente a la del esposo: *“el papá de mis hijos ya me había dicho que se quería casar conmigo, entonces eso como que me hacía huir, como que no me sentía segura, pero me fui con él y ya luego nos casamos”*.

Así, el porvenir de Ila estaba trazado, ser esposa para convertirse en madre, posiciones engarzadas sobre la que fijaría un deseo: *“yo lo único que le pedía a Dios era una niña, yo quería las dos primeras niñas”*, recuerda, y enseguida agrega: *“él me hizo el milagro”*, asumiendo la figura del Dios-Padre omnipotente que había respondido a su demanda pues, a la edad de veinte años, vivió el alumbramiento de su primera hija, seguido por el nacimiento de su segunda hija, Erinia, cuerpo femenino que materializó su deseo de procrear dos mujeres y quien experimentaría la psicosis.

Sin embargo, la historia de la concepción de Erinia, estuvo marcada por dos sucesos que precedieron su existencia y que caracterizaron el segundo encuentro de Ila con la maternidad; primero, un aborto espontáneo: *“me embaracé luego porque ya no me vino mi regla y me vino una cosita, una tía es enfermera y me dijo que era un aborto y me llevaron a que me hicieran un legrado”*, y segundo, un periodo de infertilidad: *“no me cuidaba, pero tardé para embarazarme como cinco años”*, señala.

Dichos acontecimientos evidencian un vínculo distinto de Ila con la maternidad, dada las dificultades a las que se enfrentaba para convertirse, por segunda ocasión, en madre, pero ¿qué significaciones inconscientes rodeaban esto? ¿qué acontecimientos marcaron su primera vivencia como madre que parecían resurgir en lo imaginario de la nueva vivencia?

Respecto a la vivencia maternal de Ila con su primogénita, destaca que durante el embarazo previo al parto experimentó fantasías de raptó *“no sé porque tuve siempre esa idea de que me la fueran a quitar o de que me la fueran a cambiar”*, lo que más tarde, tras el nacimiento, fue vivido como un hecho consumado: *“me la quitó mi hermano, se la llevaron de días y se la quedaban hasta una semana, porque ellos estaban deseosos de un bebé”*.

De la misma forma, Ila evoca la vivencia del rechazo manifiesto del padre respecto al sexo de su primera hija, *“él esperaba un niño”*, lo que al oponerse al deseo de Ila *“yo quería las dos primeras niñas”*, significó para ella, el origen de los conflictos con su marido *“de ahí él comenzó a cambiar, se fue alejando”*.

Ante tal panorama, la futura procreación de Erinia se enfrentaba a la posible conflictiva psíquica de Ila respecto al hecho de convertirse en madre, una vez

más, de otra mujer, de aquella imaginada segunda “niña”, figura en la que cohabitaba el deseo y rechazo, ambivalencia ligada posiblemente a la angustia vivida durante su primera experiencia como madre.

Sin embargo, la dificultad para el segundo embarazo de Ila, representó una vez más, una decisión de carácter divino *“yo no tenía nada, ni me hacía nada, pues era cierto, a la voluntad de Dios, se imagina, que me iba a estar haciendo si ni siquiera sabía”*, como si encontrase en Dios la autorización para no tener otra hija, ¿acaso esto, también era interpretado como una respuesta a una demanda?.

Bajo tales circunstancias, Erinia fue concebida: *“mi esposo le fue a decir a mi mamá que yo no me quería embarazar y entonces mi mamá me llevó a curar con una señora, y luego, luego me embaracé”*, de modo que, acontece un embarazo surgido desde la lucha del deseo de Ila frente al de su esposo, un juego entre el deseo y no-deseo que fue resuelto por la intervención materna que, desplazada en la figura de la curandera, reaparece para interceder por el deseo masculino (opuesto al mandato paterno divino) para reafirmar el poder mítico de la procreación y que actuaba en contraposición al precepto de Dios.

Pero, una vez que Ila se entera de su embarazo, decide ocultárselo a su esposo, con lo que, por un lado, continuaba negándole la paternidad y por otro, tomaba el embarazo para sí misma -quizá, en venganza por la imposición de la gestación, rechazada por ella-, situación que, además, le brindaba la oportunidad de reafirmar su lugar de abandono, a pesar de que la partida de su esposo, aparentemente, no estuvo vinculada con la noticia: *“él no sabía, pues nada más hizo lo que hizo y me dejó, embarazada, abandonada y yo lo busqué hasta cuando yo ya tenía seis meses”*.

Así, el significante seis, número presente en el día y año de su nacimiento, en la cantidad integrantes de su familia, en la cantidad número de hijos deseados y la diferencia de edad con su esposo (éste es seis años mayor que ella), reaparecía, una vez más, en el inconsciente de Ila para recordarle el sentido de origen y creación de vida que poseía desde su lugar de madre, otorgada por la presencia de la figura del esposo-padre que le estaba obsequiando un hijo.

La gestación de Erinia, fue significada por Ila por un periodo de aflicción: *“fue triste porque ya me la pasé sola, estaba ya sola nada más con la niña, yo no me sentía capaz de trabajar y lo único que hacía era arrimarme con los suegros a ganarme la comida”,* y sobre lo que se despierta la sensación de malestar e ira: *“él se enojaba de que yo no me embarazaba, decía que me iba a dejar, ¿cuál? de haber sabido lo que iba a hacer no me hubiera embarazado”,* admitiendo con esto, su oposición a ese embarazo.

Siguiendo la premisa de Langer (1992) si durante el embarazo y parto, las mujeres repiten la relación primitiva con su propia madre, la singularidad de las vivencias de Ila de dichos procesos femeninos durante la gestación de Erinia, parecen haber reactualizado inconscientemente y con intensidad, la historia de aquel vínculo primario.

Fue entonces que, las mencionadas circunstancias, hicieron resurgir en Ila, el fantasma del abandono infantil de su madre vinculado al retorno de la vivencia del desamparo absoluto, y a través del cual, interpretaba la relación con su esposo y el padre de sus hijas: una vez más, se veía, así misma, abandonada, vivencia que se prolongó hasta el momento del parto: *“cuando le dije ya que iba a nacer la niña, me dijo ¿apoco tú eres Dios?, y se fue, yo ya estaba en trabajo de parto y me dejó”,* recuerda.

Empero, en la repetición del posicionamiento de desamparo, Ila parecía encontrar la restitución a su propia imagen narcisista: el acto de alumbramiento de un nuevo ser, su hija Erinia, simbolizaría quizá, el triunfo omnipotente frente a su madre y a su esposo ¿acaso ella era Dios?

Ante esto, la posible figuración fantasmática de la omnipotencia materna atravesó la significación de Ila respecto al nacimiento de Erinia, *“sentí que se me bajó y ya, nació sin dolor, no sufrí para que naciera, si no lo que me hicieron sufrir es que fue que me cortaron, me cosieron y me dejaron sin nada, sin una pastilla, me abrieron para que naciera, sí, para que saliera”*, como si, la experiencia de la episiotomía, que si bien, pudo haberse fijado a la representación de fantasías inconscientes de castración, ella la desmentía, a través de la negación-ausencia de dolor.

El sexo de Erinia, de acuerdo a Ila, fue rechazado por su esposo y padre de sus hijas: *“cuando la vi dijo ¿otra vieja?, y cuando salimos del hospital, ahí estaba con su carota, ya luego se fue a trabajar y nada más iba los fines de semana, pero como que nuestra relación ya se había perdido, como que se estaba acabando”*, no obstante, la función del compañero sexual fecundante no se perdería: *“luego, luego sentí que me embaracé, fue al mes y ya fue niño”*, indica.

Por tanto, dicho suceso mermó los primeros cuidados de la recién nacida Erinia, pues, estos se verían abruptamente alterados: *“a ella le quité el pecho porque ya estaba yo embarazada”*, *“yo ya no podía con mis dolores, cuando le quité el pañal”*, *“yo creo que porque como ya estaba embarazada como que me costó más trabajo con ella porque andaba con mi panzota”*, enunciados que registran las precipitadas frustraciones a las que fue sometida su bebé dada su nueva experiencia de maternidad.

Asimismo, Ila evoca que, derivado de un accidente de su hermano, ella y su bebé de aproximadamente dos meses, experimentaron una prolongada separación: *“cuando llegaba, ya estaba dormida, ya me despertaba al otro día tempranito y me salía otra vez, yo me iba al hospital, y ya se quedaba ella mi hermana, le decía yo, voy a llegar tarde, ¿la duermes?”*, manifiesta.

De tal manera, el nuevo embarazo de Ila incidía en el vínculo primario con Erinia, lo que parece anudarse con su propia historia infantil, pues recordemos que, fue un embarazo de su madre, lo que llevó a ésta a cambiar de domicilio, mientras que Ila junto a su hermana y hermanos, se quedaban en casa de su abuela y abuelo paternos, suceso que fue significado por ella, como *“se siente uno que se está separando”*, pero al mismo tiempo, se explicaba *“ella tiene que ver a su bebé, pues ni modo”*, tal como lo señaló cuando narró ese suceso de su niñez.

Lo anterior, probablemente escenifica la puesta en juego la realización del deseo de maternidad que, tal como lo plantea Aulagnier (1977), consiste en repetir en forma especular su relación con la madre, esto es, revivir en posición inversa – ahora como madre frente a su hija- lo vivido con aquella, como si reprodujese la significación impuesta a la función materna.

Tras la rememoración de Ila respecto a la vivencia de su maternidad en los primeros meses de vida de Erinia, la referencia a ésta, se reduce: *“todo normal mi hija nació, creció y fue a la escuela y yo no tuve ningún problema con ella”*, como si existiese un vacío en la historización libidinal de la infancia de su hija.

De manera que, la historia del vínculo entre madre e hija, sufre un salto temporal que las ubica en el inicio de la pubertad de Erinia: *“tenía como diez años*

cuando se fue con su papá y con su abuela”, suceso que parece repetir lo vivido por Ila con su propia madre, pero a la inversa, dado que ahora era la hija que la abandonaba desde su lugar de mamá: *“esta niña se salió desde cuando me junté con el papá de mi hijo, porque quería que yo viviera con el papá de ella”,* expresa.

Ante tal hecho, Ila toma para sí una sentencia que atribuye a su pareja: *“me dijo que cuando Erinia cumpliera sus dieciocho, él se iba a separar de mí, y cumplió porque ella ya no se casó antes de los dieciocho, entonces regresó conmigo”,* con lo que, Ila parecía eludir la relación madre - hija durante la adolescencia, periodo que coincide con el proceso del desarrollo psicosexual de la genitalidad, etapa de vida que en su propia historia fue experimentado con intensa angustia.

Ocho años más tarde, Erinia cumpliendo el mandato de su madre, regresa para anunciar la separación de la pareja, la cual ya estaba decidida desde antes de su partida: *“cuando mi hija se fue, ya no fue vida, empezamos a discutir, por todo peleábamos, por todo nos enojábamos, y como que ya no era lo mismo, como que mi vida cambió mucho, y pues es que mis hijos son mis hijos y yo sentía que algo, un pedazo de mí se había salido y pues ya no fue vida, hasta que nos separamos”,* evoca, Ila.

Una semana después de que Erinia regresara a vivir con su madre, decide vivir en concubinato con su novio, *“se vino, y como a los ocho días se fue con él, ya lo conocía de más chica, pero este ya se juntó con él pero ésta mujer no entendió, yo le decía, desde que se juntó, cuídate”* con lo que Ila ante la posibilidad inminente de la futura maternidad de su hija, enviaba un mensaje contradictorio a Erinia, basado en una doble demanda que se excluía mutuamente, es decir, presentaba al mismo tiempo, la prohibición verbal y la autorización no verbalizada del embarazo: *“la suegra hasta se enojó y me dice,*

pues llévela al centro de salud, y le decía yo, pues ya está con usted, le corresponde a usted, y pues nunca se quiso cuidar”.

Por lo que, Erinia en su intento por responder al doble mensaje de su madre, se embaraza: *“a los dos o tres meses me dijo, mamá yo estoy empachada, quiero que me cures, le dije yo, sí tu empacho chillón, le dije yo cómo te voy a curar, ya no te puedo curar, ni te puedo hacer nada, y ya estaba embarazada de la niña, y a ver qué se le puede hacer”*, indica Ila, aceptando lo ineludible de la maternidad de su hija, quién a su vez, recibe el suceso con desconcierto, ¿había o no respondido acertadamente a la demanda de su madre?

Durante el desarrollo del embarazo de Erinia, de acuerdo con Ila, comenzó el declive psíquico: *“como que fue cambiando, como que se embarazó, y como que ahí vino, como que un bloqueo tan fuerte que sentí yo”*, ¿ella lo sentía? ¿acaso hablaba desde su angustia por el lugar al que accedía su hija? ¿ambas mujeres podían ocupar, al mismo tiempo, el lugar de madre?

Erinia, al igual que en su momento lo vivió Ila, experimentó conflictos en la consecución de su maternidad, como si perpetuase la angustia generacional frente al despliegue de la misma, pues las significaciones inconscientes de dichos procesos, que tal como se ha observado a lo largo de la narración de la historia de ambas mujeres, dan cuenta de las experiencias infantiles con sus respectivas madres que oscilan entre frustraciones orales, ambivalencia, abandono, hostilidad y rechazo.

Así, Erinia tuvo una amenaza de aborto *“se le iba a venir la niña pero se la detuvieron, entonces la niña llegó a su tiempo”*, y más tarde, tras el parto, experimentó rechazo hacia su bebé *“yo no la noté bien porque cuando tenía a la*

niña en brazos, se desesperaba, se ponía más de nervios, yo trataba de ayudarla, me decía ayúdame con la niña, y yo veía que no le quería dar de comer, como que no quería estar con ella”.

Fue precisamente, cuando Erina tras arribar al lugar de madre y al insertarse en su propio dispositivo familiar, junto a su pareja e hija, ya apartada de Ila, que estalló la psicosis: *“se la llevó el marido y cuando fui a verlas me di cuenta que a ella se le iba en llorar, el doctor dijo que tenía depresión, una vez se quedó conmigo y después ya no quería regresar con él, empezó a llorar y me dijo, él dice que estoy mal de mi cabeza, dice que si no me curo, no me quiere, entonces en un instante empezó a sacudirse, a desesperarse, luego se le vino el delirio, se puso bien agresiva, la llevamos al hospital y nos dijeron que era la esquizofrenia”*

A partir de aquella situación, Ila asume el cuidado de su hija y su nieta, con lo que recupera su omnipotencia materna, para restituir su capacidad de posibilitar la vida: *“ella no se podía bañar, no se podía nada, ella estaba así, como tiesa, así como que ella no podía comer, yo la tenía yo que bañar, la tenía yo que vestir, todo, como una niña chiquita”*, manifiesta.

Desde ese momento, Erinia pierde contacto con el papá de su hija, continúa viviendo en casa de su madre, y alrededor de año después, vuelve a embarazarse, acontecimiento que decide ocultar a Ila : *“yo no sabía que ella estaba embarazada, no me decía nada, siempre andaba bien fajada”*, ¿respondía nuevamente, con desconcierto a la demanda de su madre? o tal como lo plantea Langer (1993) ¿se reagudizaban aquellas fantasías tempranas de la niña apuntaladas en la representación de haber robado algo valioso a la madre por lo que temía su venganza a través del robo del feto?

De modo que, en su segundo embarazo Erinia intensifica su angustia y experimenta un profundo rechazo hacia su bebé: *“cuando se dio cuenta que estaba embarazada, no lo quería, se lo provocaba hasta que se le vino de siete meses, cuando el niño nació, cuando se le vino, lo aventó a la taza del baño y le echaba agua”*, con lo que surge un deseo de aniquilación de su hijo, pero ante el fracaso de darle muerte, intenta anular su existencia: *“al niño nunca lo quiso, ya había nacido el niño todavía decía que ella no tenía nada, nunca lo vio, nunca dijo lo voy a abrazar, voy a darle de comer, ella no, no le quiso dar nada, ni siquiera verlo ni siquiera voltearlo a ver”*, menciona Ila.

En ese momento Erinia experimenta otro episodio psicótico: *“después del niño tuvo una recaída, y la he levantado, la he sacado, ella cae, así como un animalito, así como si no fuera una persona”*, situación que una vez más, ubica a Ila en su sensación de omnipotencia: *“el niño cuando nació estaba muy mal, yo lo puse en manos de Dios y le dije, que si era mío que me lo dejara, que si era de él que se lo llevara”*, con lo que resurge la proyección, en la figura divina, de su deseo de apropiación de su nieto para tomarlo como su hijo y por ende, atribuía la autorización a Dios para hacerlo.

De la tal forma, la psicosis de Erinia permitía que Ila encontrara la respuesta a aquella originaria e inamovible demanda *“Mis deseos eran de seis hijos”*, lo que, después de todo, era vehiculizado a través de su hija: *“Dios me mandó dos niños, yo siento que ya son más míos, siento que ya me pertenecen a mí, y pues tengo mis dos niños y mis dos niñas, y ora tengo mis dos nietos y aquí tengo mis seis, y ¡ya tengo mis seis!”*, exclama.

Finalmente, Ila se había convertido en madre de seis hijos, así pues, su maternidad había trascendido.

5. DISCUSIÓN Y CONCLUSIONES

El análisis de caso presentado en nuestra investigación demuestra la importancia de la recuperación de relato femenino de una mujer y madre mexicana, cuya historia de vida se entreteje con sus propias vicisitudes subjetivas, que ponen de manifiesto, el acceso a la feminidad y a la maternidad.

De manera que, enfatizamos lo fundamental de la dimensión narrativa, como medio de acceso a las experiencias sobre la maternidad entorno a la imagen de otra mujer: la hija, cuyo desencadenamiento psicótico, trastoca la historicidad femenina.

En tal sentido, apuntamos a la propuesta de transformar el lugar de la madre-informante de la historia de la hija con psicosis, usualmente asignado por el dispositivo médico, psiquiátrico e incluso psicológico para el tratamiento clínico, para ubicarla como enunciante de su propia historia, y, por lo tanto, reconociendo la existencia de su subjetividad.

De tal manera, resulta necesario trazar el sendero hacia problemáticas sociales, escasamente exploradas, como lo es, la anulación subjetiva femenina y materna, así como, el estigma social que enfrentan las madres tras el desencadenamiento psicótico de sus hijas, lo que, además de orientar nuevas propuestas de espacios psicoterapéuticos, conlleven a la reflexión de nuestra propia práctica clínica, fundamentada en la comprensión de las nuevas formas de experimentar los procesos subjetivos femeninos, entre ellos, la maternidad.

De ahí que, coincidamos con el planteamiento de Tubert (1996), respecto a que, la maternidad, más allá, de ser un hecho biológico, se encuentra inserta en

un sistema simbólico, ideológico e institucional, tal como lo analizamos en el caso presentado.

Así, finalizamos con la reflexión lanzada por Beauvoir (1949, p. 207) que señala que “no se nace mujer: llega una a serlo”, por lo que, agrega, no existe un destino biológico, psíquico o económico que defina su figura, pues, la significación individual femenina dependerá del modo en que rescata su cuerpo y se relaciona con el mundo, lo que nos recuerda el largo camino por recorrer en el trabajo como, con y para las mujeres, desde todos los lugares que decidamos, libremente, ocupar en la sociedad.

6. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Aulagnier, P. (1986). El aprendiz de historiador y el maestro-brujo. Buenos Aires: Amorrortu.
- Aulagnier, P. (1977). La violencia de la interpretación: del pictograma al enunciado. Buenos Aires: Amorrortu.
- Badinter, E. (2011). La maternidad es una nueva forma de esclavitud. Cadena SER en línea. Recuperado de <http://cadenaser.com>
- Badinter, E. (1980). ¿Existe el amor maternal? Historia del amor maternal. Siglos XVIII al XX. Barcelona: Paidós.
- Baptista, P., Hernández, R., y Fernández, C. (2006). Metodología de la investigación. Ciudad de México: Mc Graw Hill
- Beauvoir, S (1949). El segundo sexo. Ciudad de México: Penguin Random House Grupo Editorial.
- Bleichmar, S. (2002). La identificación la adolescencia. Tiempos difíciles. *Revista Encrucijadas*, 15 (2), 68-73. Recuperado de <http://www.silvialeichmar.com>
- Bleichmar, S. (1994). La fundación de lo inconsciente. Buenos Aires: Amorrortu.
- Braunstein, N. (2010). Presentación “La madre estrago” de Larque y Burgos (autoras). Ciudad de México.
- Braunstein, N. (2001). Ficcionario de psicoanálisis. Ciudad de México: Siglo veintiuno.
- Cáceres, L., Corral, N., Ifigenia, A., Pombo, J. y Ruiz, P. (2005). Femenidades Mujer y psicoanálisis: una aproximación crítica desde la clínica. Ediciones de intervención cultural: Madrid.
- Cooper, D. (1967). Psiquiatría y Antipsiquiatría. Buenos Aires: Locus Hypocampus.
- Delahanty, G. (2006). Frieda From-Reichmann y la psicoterapia intensiva en la esquizofrenia. *Revista Neurología, Neurocirugía y Psiquiatría*, 39 (1), 12-23.
- Freud, S. (1914). Introducción del narcisismo. Volumen XIV. Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu.

- Freud, S. (1915). Pulsiones y destinos de pulsión. Volumen XIV. Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1923). Neurosis y Psicosis. Volumen XIX. Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1924). El sepultamiento del complejo de Edipo. Volumen XIX. Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1925). Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos. Volumen XIX. Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1931). Sobre la sexualidad femenina. Volumen XIX. Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu.
- Foucault, M. (1961). Historia de la locura en la época clásica. Ciudad de México: Fondo de Cultura económica.
- Fromm-Reichmann, F. (1939). Problemas de la transferencia en los esquizofrénicos en Psicoterapia intensiva de la esquizofrenia y en los maniaco-depresivos. Buenos Aires: Paidós
- Fromm-Reichmann, F. (1954) Psicoterapia de la esquizofrenia en Psicoterapia intensiva de la esquizofrenia y en los maníaco-depresivos. Buenos Aires: Paidós.
- Hornstein, L. (2002). Diálogo con Piera Aulagnier. Antroposmoderno en línea. Recuperado de <http://www.antroposmoderno.com>
- Iacub, M. (2005, julio, 8). Ser madres hoy. Página 12 en línea. Recuperado de <https://www.pagina12.com.ar>
- Irigaray, L. (1992). Yo, tú, nosotras. Madrid: Ediciones Cátedra.
- Lacan, J. (1958). Las formaciones del inconsciente. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- Lacan, J. (1966). Escritos 2. Buenos Aires: Siglo veintiuno.
- Lacan, J. (1969-1970). Seminario 17. El reverso del psicoanálisis. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1962-1963). Seminario 10 La Angustia. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1957-1958). Seminario 5 Las formaciones del inconsciente. Buenos Aires: Paidós

- Lacan, J. (1955-1956). Seminario 3 La Psicosis. Buenos Aires: Paidós
- Lamas, M. (1995). Mitos mexicanos. Madrecita Santa. Ciudad de México: Aguilar.
- Lagarde, M. (2005). Los cautiverios de las mujeres. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Laplanche, J. y Pontalis, J-B. (1967). Diccionario de Psicoanálisis. Buenos Aires: Paidós.
- Leader, D. (2013). ¿Qué es la locura? Madrid: Sexto piso.
- Ortiz, L. (1949). Monumento a la madre [arquitectura]. Ciudad de México.
- Ramírez, S. (1959). El mexicano, psicología de sus motivaciones. Ciudad de México: Grijalbo.
- Roudinesco, É. (2002). La familia en desorden. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Roudinesco, É. y Plon M. (2008). Diccionario de psicoanálisis. Buenos Aires: Paidós.
- Ricoeur, P. (2009). Escritos y conferencias alrededor del psicoanálisis. Ciudad de México: Siglo veintiuno editores.
- Tubert, S. (2000). Un extraño en el espejo, Una crisis adolescente. La Coruña: Ludus
- Tubert, S. (1996). Las figuras de la madre. Madrid: Cátedra.
- Vegetti, S.(1996). Las figuras de la madre: el mito de los orígenes. Madrid: Cátedra.

APÉNDICES

Apéndice A

GUIÓN DE ENTREVISTA SEMIESTRUCTURADA Y EN PROFUNDIDAD

Objetivo: Recuperar la historia de vida de la participante, mediante la exploración de las vicisitudes de su constitución subjetiva vinculadas al ejercicio de la maternidad y función materna con su hija con psicosis.

Temas	Aspectos a indagar
1. Historia de vida	Vida personal a) Sobre la historia de su nacimiento - Embarazo - Parto - Origen y significado de su nombre b) Infancia c) Adolescencia d) Juventud e) Adultez
	Vida familiar primaria a) Madre (tipo de vinculación afectiva) b) Padre (tipo de vinculación afectiva) c) Hermanas (os) (tipo de vinculación afectiva)
	Vida familiar secundaria d) Esposo (s) – Padre (s) de hijas (os) (tipo de vinculación afectiva) e) Hijas (os) (tipo de vinculación afectiva)
2. Sobre el ejercicio de la maternidad y su función materna	a) Antes de ser madre - ¿Cómo se imaginaba siendo madre? - ¿Cómo imaginaba a su hija? (sexo, características) - ¿Planeó a su hija? b) Ser madre - Embarazo - Parto - Nacimiento - Elección del nombre - Crianza - Tipo de vinculación afectiva - Experiencias ante psicosis de su hija



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MORELOS



FACULTAD DE PSICOLOGÍA

FACULTAD DE PSICOLOGÍA

Dirección de Psicología

Jefatura de Maestría en Psicología

Cuernavaca Mor., a 24 de Septiembre de 2018
FPSIC/SPOSG/MAEST/201/557
ASUNTO: Votos Aprobatorios

MTRA. GABRIELA RAMÍREZ ALVARADO
ENCARGADA DE DESPACHO DE LA
DIRECCIÓN DE LA FACULTAD DE PSICOLOGÍA
P R E S E N T E

Por este medio, me permito informar a usted el dictamen de los votos aprobatorios de la tesis titulada: **“MATERNIDAD Y PSICOSIS: VICISITUDES DE LA CONSTITUCIÓN SUBJETIVA DE LA MADRE DE UNA MUJER CON ESQUIZOFRENIA PARANOIDE”** trabajo que presenta la C. **“Marisol Flores Núñez”**, quien cursó la MAESTRÍA EN PSICOLOGÍA perteneciente a la Facultad de Psicología de la UAEM, en las instalaciones de la Facultad de Psicología.

Sirva lo anterior para que dicho dictamen permita realizar los trámites administrativos correspondientes para la presentación de su examen de grado.

A T E N T A M E N T E

VOTOS APROBATORIOS

COMISIÓN REVISORA	APROBADO	CONDICIONADA A QUE SE MODIFIQUEN ALGUNOS ASPECTOS*	SE RECHAZA*
DR. GUILLERMO DELAHANTY MATUK			
DR. LUIS PÉREZ ALVAREZ			
DRA. LUCÍA ALEJANDRA RAMÍREZ SERRANO			
DRA. GUADALUPE ROCHA GUZMÁN			
MTRA. MÓNICA IVONNE GUZMÁN BARGAGLI			

*En estos casos deberá notificar al alumno el plazo dentro del cual deberá presentar las modificaciones o la nueva investigación (no mayor a 30 días).

C.c.p.- Archivo